

Del hogar al ágora. Para una historia cultural de lo político¹

From home to public place. For a cultural history of politics

Jean-François Sirinelli

Resumen. Hace mucho tiempo, Michel Vovelle autorizaba al historiador a pasar del sótano del intercambio económico y social al desván de las operaciones mentales de comprensión de lo real. Jean Francois Sirinelli propone aquí un desplazamiento, con la misma fidelidad y la misma intimidad, desde el hogar, el espacio privado, a la esfera pública, al ágora. En otras palabras, plantea que la historia política de lo contemporáneo, habiendo agotado el tiempo de su renacimiento, debe recoger y recuperar el desarrollo de la historia cultural para ir más lejos, sin preocuparse por los límites.

Si se pretendiera dar cuenta del camino recorrido por la historia política en estos últimos veinte años, se podría partir de una cita de Jacques Le Goff. En un texto de 1978 cuyo título, “La historia nueva”, resonaba como un manifiesto y aparecía como la contribución central de la obra de síntesis consagrada a *La nueva historia*, (Le Goff, 1978: 226) Le Goff escribía: “Destronar a la historia política, ese fue el objetivo número uno de los Annales, y ello continúa siendo una preocupación de primer rango de la nueva historia”. Viniendo de un historiador unánime y legítimamente respetado, semejante observación muestra bien el descrédito que todavía afectaba a la historia política en ese momento. Exactamente tres cuartos de siglo después del famoso artículo de François Simiand en 1903 en el que enumeraba “los tres ídolos de la tribu de historiadores”, “el ídolo político” (Simiand, 1903: 127-157) era todavía considerado como el objeto de una suerte de paganismo marginal a los ojos de quienes difundían “la nueva historia”. Seguramente sería incongruente separar la frase de Le Goff del contexto de su apasionado análisis sobre el estado de la historiografía francesa a fines de la década de 1970. Sin embargo, un hecho es cierto: hasta no hace demasiado tiempo, las mejores plumas condenaban a la historia política por atentar contra la inteligencia histórica. Pero, de hecho, los años ‘70 fueron una época en la que esta historia política inició un renacimiento: muchas grandes tesis dieron cuenta y defendieron ese ámbito en mayor o menor medida y continúan dando testimonio retrospectivo de ello.

Desde entonces veinte años han pasado y, fortalecida con un vigor recobrado, la historia política no quiere, en lo que a ella respecta, asumir un giro “crítico” y menos todavía gestionar una “crisis”. Sin embargo, si sólo se contentara con publicar regularmente sus partes de buena salud y no se preocupara por continuar avanzando se vería amenazada por la autosatisfacción y el énfasis. Y es cierto que la rehabilitación que le era necesaria puede entenderse en los dos sentidos del término. Desde luego, después de varias décadas ella ha salido de las mazmorras historiográficas a las que sus más celosos adversarios la habían condenado en otros tiempos, pero su liberación, finalmente cercana, quizás ha sido acompañada de un pedido de reajuste del prejuicio intelectual sufrido. Por otra parte, y esa es la otra acepción del término, esta reivindicación no debe hacer olvidar que la historia política necesitaba, de hecho, un remozamiento.

¹ Publicado en francés en: Sirinelli J. F. (janvier-mars 1998). De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique. In: *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*. 57, 121-131 © Presses de Sciences Po. Traducción para HumHA. *Revista digital de Historia Cultural* por Juliana Lopez Pascual.

Una recuperada vigencia

En lo que concierne a la reevaluación historiográfica en curso, se está trabajando en ello⁴ y, a decir verdad, su causa ya no necesita ser defendida. Tomando todo en consideración, se trata menos de la vuelta en gracia de la historia política que es epistemológicamente fundamental que de la relegitimación del objeto político. Ahora pareciera admitirse que éste, con el mismo derecho que otros objetos, se caracteriza por su pretensión de historia global. ¿Se alcanzan a través de él los “niveles más abarcativos de la organización” (Gauchet, 1998: 168) de las sociedades? El debate sobre este punto continúa abierto, lo que constituye una prueba suplementaria de la importancia que actualmente se le concede a lo político.

El historiador había pasado, según la expresión de Michel Vovelle, del sótano al desván. En el espacio privado ya no contaba solamente el lugar simbólico del producto del intercambio económico y social – el sótano – sino también el de las operaciones mentales de comprensión de lo real – el desván. Será necesario algún día hacer un estudio de historia cultural y, a la vez, historiográfico que dé cuenta de las transformaciones que se operan en el seno de la disciplina histórica en el curso de los años ‘70 y, particularmente, de la aceptación de la que dispone por lo tanto la historia de las mentalidades: al margen de su interés intrínseco, ella fue también una puerta de salida para la historia económica social, hasta entonces triunfante⁶ pero cuya supremacía comenzaba a remitir.

La evolución fue propicia, ciertamente, a condición de no olvidar que el hombre en sociedad es también, en mayor o menor medida, hombre del ágora. Del espacio privado al ágora, la aproximación histórica gana también en densidad. Y, en este ámbito, es mucho lo que queda por hacer. Efectivamente, la historia política debe continuar su avance una generación después de la recuperación de su vigor, explorando otras miradas y haciendo uso para ello de otras fuentes. En verdad, ella siempre se ha enriquecido del contacto con otras disciplinas, históricas o no. Dos han sido singularmente esenciales desde la década de 1930, es decir, el momento en el que la ofensiva de Annales la hizo pasar a un segundo plano, al menos en apariencia. Uno de esos recursos fue la historia de las ideas. La primera frase de *Ideas políticas de Francia*, obra publicada por Albert Thibaudet en 1932,⁷ es conocida: “La política son ideas”. Allí también será necesario realizar algún día la genealogía de los orígenes y mostrar la in-

fluencia directa o indirecta ejercida por Albert Thibaudet, por impregnación o capilaridad, sobre los historiadores de lo político en la posguerra. De todas formas, la historia de las ideas políticas, en su propia riqueza,⁸ se expuso a los ataques venidos desde otros ámbitos. No solamente reivindicaba de forma implícita una independencia de lo político a través de postulados como el de Thibaudet sino que, en el centro de una historia política que había soltado las amarras en lo referente a otras esferas relevantes para la disciplina histórica, ubicaba las “ideas” en el corazón de la explicación. En el momento y a pesar de la fecundidad del pensamiento de Thibaudet, a fin de cuentas las implicancias de tales postulados jugaron en contra de la historia política en su combate defensivo.

La otra disciplina enriquecedora de la historia política fue seguramente la sociología electoral.⁹ En este sentido, podríamos imaginar lo que hubiera engendrado un encuentro temprano entre la ciencia política y la historia de Annales. En 1929, efectivamente, André Siegfried apareció en el comité de redacción de esta naciente revista, al lado de sus padres fundadores Marc Bloch y Lucien Febvre.¹⁰ Pero la asociación fracasó y es la segunda generación de la Escuela de Annales la que cultivó las relaciones más tensas con la historia política. De todos modos, no es esta reticencia – a veces explícitamente proclamada, sobre todo por Fernand Braudel – lo que es historiográficamente esencial aquí. En cierta forma, el aporte de la sociología electoral, por importante que haya sido, puso a la historia política en una situación compleja: las tesis “labrousianas” que surgieron de allí fueron, en efecto, dirigidas por investigadores que al parecer no confiaban demasiado en la autonomía de lo político.¹¹ De allí que, a pesar de la importancia de esos trabajos, la sociología electoral no fue suficiente por sí misma para otorgar una estatura historiográfica de primer plano a la historia política en el momento en el que ella era atacada por la segunda generación de la Escuela de Annales. De hecho, quizás fue más la síntesis de las dos corrientes – ideas y sociología electoral – y de los dos aportes – Thibaudet, Siegfried-Goguel, antes que Labrousse – lo que le dio identidad y densidad a la llamada “Escuela de Ciencias Políticas”. Y, en este sentido, el libro jalón y a la vez símbolo de esta Escuela es probablemente el de René Rémond, publicado por primera vez en 1954, *La derecha en Francia desde 1815 a nuestros días. Continuidad y diversidad de una tradición política*. Los adversarios de la historia política, aquellos que se reservaban una acogida al menos reticente a la obra, la consideraron como “un libro

4 Para una breve puesta en perspectiva, cfr. J.-F. SIRINELLI (1993: 263-274) GUENÉE y J.-F. SIRINELLI (1995: 301-312).

5

6 Cfr. sobre este punto, (Hubert Watelet, 1993).

7 (THIBAUDET, 1932)

8 (Cfr. WINOCK, 1988: 233 y ss.)

9 (Cfr. RÉMOND, 1988: 33 y ss.)

10 (FAVRE, 1989: 295) André Siegfried, es cierto, jamás escribió en la revista.

11 En ocasiones poco presente en su reflexión: la historia “es la historia del diálogo entre la economía, lo social y lo mental”, declaraba él todavía en 1965 en el gran coloquio de Saint-Cloud sobre la historia social. Cfr. (LABROUSSE, 1967:4). Para una perspectiva del mencionado coloquio, véanse las diferentes contribuciones reunidas por Christophe Charle (1993).

curioso” compuesto, según Robert Mandrou - uno de los discípulos más cercanos a Lucien Febvre -, por una “exposición diagonal” seguido de “una serie de puestas a punto”; resumiendo, un “libro ágil”.¹²

A pesar de los ataques sufridos, la síntesis entre las “ideas” y la sociología electoral constituyó, por definición, uno de los bastiones en la resistencia a la erosión. Y cuando llegaron los tiempos del renacimiento de la historia política, lógicamente fue en torno a él que se operó una parte de la *Reconquista*.¹³ Pero antes de evocar esta revitalización, conviene sin embargo introducir matices en lo precedente. De un lado, observando que ese “muelle” encarnado esencial y tempranamente en el “eje” Université de Paris X-Sciences Po a través de la figura de René Rémond, su iniciador y promotor,¹⁴ no fue el único punto de anclaje de ese renacer. Sería injusto – considerando que quien escribe pertenece a la segunda generación formada en este movimiento y constituye entonces en algún punto, al lado de otros, un “sabrá” [sic]¹⁵ - no recordar la participación de otros espacios y otros sujetos. Sería incluso caer en una suerte de historia santa, que no tendría mucho que ver con la historiografía. Se debe tener en cuenta, por otro lado, que al interior de la misma “escuela labrousiana” hubo trabajos individuales que intentaron exitosamente resolver la contradicción en la que ella estaba encerrada. Pensamos aquí, por ejemplo, en Alain Corbin quien, como él mismo ha difundido recientemente,¹⁶ fue enviado por Ernest Labrousse a hacer trabajo de campo a la región de Limousin. Estando allí reflexionó tanto sobre el duo de fuerzas arcaísmo – modernidad que se entregó a la investigación, menos típica para la época, de las correlaciones entre estructuras económicas y sociales, y la expresión del voto. Esta reticencia, sin embargo, era ya el síntoma de un cambio de clima historiográfico. De allí que los últimos alumnos directos o indirectos de Ernest Labrousse serían “electrones libres” y la constatación de su especificidad creativa no puede ser endilgada ni al debe ni al haber de su escuela.

Por esta razón, para la generación - o la semi-generación - precedente el itinerario científico de Maurice Agulhon es aún más significativo.¹⁷ Él también ha narrado el encuentro con el director y luego la génesis de un desarrollo personal que lo condujo a explorar otras pistas para explicar “la República en los pueblos”, comprendiendo la aculturación del sentimiento republicano en las ciudades del interior de Dijon durante la primera mitad del siglo XIX. A ese efecto,

se sabe, forjó la noción de “sociabilidad” y de hecho fue el primero en practicar, en una investigación de esa envergadura, una aproximación a lo político a través de lo que en la época se hubieran denominado las “mentalidades”. Habiéndose negado siempre a teorizar su obra, La République au village se volvió rápidamente, por cierto, una referencia historiográfica pero no ha suscitado, hasta el momento, ni un “escuela” ni una corriente que se reclamen explícitamente de su autoría. Sin embargo, haciendo una arqueología retrospectiva del estado actual de la historiografía, se observa allí una veta importante que ha impregnado progresivamente a las capas más recientes.

Por el momento, en los años ‘70 se inició una evolución ideológica y epistemológica que eventualmente no podía más que servir objetivamente a los intereses de la historia política. Se sabe lo que pasó. En el seno de las ciencias humanas y sociales el marxismo comenzó por entonces una lenta declinación. Y la moda del estructuralismo retrocedió igualmente: después de la muerte del hombre, proclamada en los años ‘60 – en el contexto de la década Michel Foucault podía escribir, aparentemente sin temor a ser desmentido: “Sobre nuestros días no podemos pensar en nada más que en el vacío del hombre desaparecido”¹⁸-, ha habido una resurrección. El tiempo del hombre recuperado abría otras configuraciones intelectuales y científicas. No es el propósito de esta contribución el analizar las causas¹⁹ o incluso los efectos generales de semejante evolución. Pero sí, de forma más prosaica, nos interesa observar que ella ha colaborado a la revitalización de la historia política y que la concomitancia de ambos fenómenos no es una coincidencia.

Veinte años después, la historia política recibe los dividendos de esta revitalización. Pero debe continuar marchando hacia adelante y, sobre todo, evitar situarse en el origen de una nueva *doxa*. Porque si en otros tiempos fue *historically correct*²⁰ estar en contra de la historia política y ésta, como hemos visto, pagó las costas de semejante hostilidad, sería completamente incongruente que ahora la norma fuera celebrarla en cualquier situación. No solamente porque tal actitud sería intelectual y científicamente absurda dada la realidad histórica, que por su misma definición es multiforme y forzosamente susceptible de abordajes múltiples. Sino también porque se perfilaría entonces el riesgo del “todo política”. Si la conquista por parte de ésta última de una autonomía en relación a otros aspectos de la vida del hombre en sociedad

12 Y un reporte que no lo era menos: quince líneas (Annales ESC, 10 (4), octubre-décembre 1955, p. 606-607)

13 En español en el original. [N.de T.]

14 Véase la introducción de R. Rémond (1988:9).

15 El término “sabrá” se utiliza para denominar, de manera informal, a los ciudadanos de religión judía nacidos en el Estado de Israel con posterioridad a 1948. [N. de T.]

16 (CORBIN, 1997:101 y ss.)

17 (AGULHON, 1987: 9-59).

18 (Foucault, 1966: 353).

18 Véase, brevemente, (GUENÉE y J.-F. SIRINELLI, 1995).

ha sido actualmente adquirida, la reivindicación de su independencia sería ciertamente excesiva. Los hechos relevantes de lo político no se ubican, en ningún caso, en una zona franca en lo que respecta al resto de la vida social. La historia política ha sufrido demasiado a los sistemas de explicación en clave única para intentar presentarse ahora ella misma como una llave maestra.

La mejor forma de evitar lo que a fin de cuentas sería un envejecimiento precoz y una forma de necrosis intelectual después de tres décadas de revitalización es, se ha dicho, continuar avanzando y enriqueciéndose, particularmente con aportes fecundos. Y es allí que interviene, entre otras, la historia cultural. En efecto, desde que aceptamos que el objeto de estudio de la historia política es la cuestión de la transmisión y la repartición de la autoridad y del poder en el seno de un grupo humano determinado, él mismo reviste un espesor excepcional del cual cuesta comprender - hay que decirlo - que haya podido ser seriamente negado por algunos de los investigadores más fecundos de las sucesivas generaciones de historiadores. De hecho, así definida, la historia política pretende analizar no solamente los comportamientos individuales o colectivos y sus efectos, sino también aquello que recupera lo relativo a la percepción y a las sensibilidades. Lo que la conduce a interesarse por los fenómenos de transmisión de creencias, de normas y de valores.

Dejaremos de lado aquí la cuestión, en verdad esencial, de saber si es posible para el historiador atribuir a un grupo humano determinado una base estable de valores y creencias. En un proceso reciente iniciado contra la historia de las mentalidades²¹, el autor subrayaba que al considerar que cierto grupo era movido por un conjunto homogéneo de características mentales, se corría el riesgo de subestimar las "variantes individuales". El historiador de lo político se comprometerá, de hecho, a no desatender ni unos ni otros. A partir del momento en el que establecemos que es la doble dimensión del hombre, actuante pero también pensante, lo que es el objeto de la historia política, va de suyo que la otra doble dimensión - colectiva e individual - es enteramente tomada en consideración. En este contexto, es probable que los progresos de la microhistoria, incluso si esta joven disciplina por el momento no ha precisamente investido el campo de la historia política, no puedan sino ir en la misma dirección. Ya que una de las misiones que le ha sido últimamente asignada por uno de sus promotores en Francia, Jacques Revel, no puede ser indiferente a los historiadores de lo político: "Mostrar cómo en el desorden los

actores sociales inventan un sentido del que simultáneamente toman conciencia".²²

Pero volvamos a la historia cultural y a sus posibles contribuciones a una historia política que pretenda estimular su empuje renovador. La cuestión no se plantea aquí en términos de relaciones sino de colaboraciones. Las primeras existen también, a través de los sujetos en copropiedad: por ejemplo, la historiografía de los intelectuales²³ se ubica por definición en el cruce de los dos campos. En cuanto a los aportes, que son seguramente recíprocos, la historia política puede ser especialmente preciada para la historia cultural en la reconstrucción de las políticas y de las instituciones culturales.²⁴ Pero si el enriquecimiento mutuo existe, nos detendremos aquí en uno de los sentidos de la relación: ¿cómo puede la historia cultural funcionar como un acicate para una historia política revigorizada, sin reducirla al rango de ciencia auxiliar de otras disciplinas?

Si la fertilidad heurística de la misma le permite continuar restituyendo, en todo lo posible, la trama de los trabajos y los días y la porosidad de la existencia, ella debe también proyectarse hacia la reconstitución de las operaciones de aprehensión de lo real. Por una razón evidente: la realidad que la historia política - así como otras ramas de la historia - intenta reconstruir jamás fue percibida por los contemporáneos en su pureza cristalina; para ellos era, en cambio, representación. La función del historiador de lo político es, de la misma manera, analizar e integrar en su desarrollo esos fenómenos de representación. Ahora bien, si se admite que la historia cultural tiene por objeto el estudio de las formas en las que las conciencias individuales y los grupos humanos representan y se representan el mundo que los rodea, se convendrá que un acercamiento con la historia política no puede sino resultar enriquecedor para ambas partes.

Ciertamente, el beneficio será formidable. Considerando que tal aproximación permite, a fin de cuentas, resolver las aparentes contradicciones que hasta ahora constituyen trabas reales para el análisis. Un ejemplo, entre muchos otros, puede ser clarificador. La escuela histórica francófona²⁵ ha insistido, especialmente en reacción al *Ni droite ni gauche* de Zeev Sternjell, sobre la débil asimilación fascista en la sociedad francesa de los años 1930. Pero fuera de la dificultad intrínseca de refutar una obra sostenida por la fuerza intelectual de su autor - demostrada en otros prolíficos trabajos -²⁶ la defensa de la tesis de un fascismo poco sustancioso parecería contradecirse con

20 En inglés en el original

21 (LLOYD, 1994).

22 (REVEL, 1996: 35).

23 Por lo pronto, esta historia de los intelectuales ha permitido, desde los años 70, instalarse en la confluencia de lo cultural y lo político. Estudiar a los clercs en la política condujo por la fuerza, en efecto, a interrogarse sobre los fenómenos de circulación de las ideas y las ideologías en una sociedad dada y, además, a su articulación con las representaciones menos elaboradas.

24 Cfr. (URFALINO, 1997:311 y ss.)

la constatación, historiográficamente consensuada,²⁷ de un fuerte antifascismo en Francia a partir de 1934. Ahora bien, a fin de cuentas parecería que las puestas a punto de los historiadores, si bien tienen el mérito de restablecer esta realidad de un fascismo intrínsecamente débil, deben inmediatamente articularlo con la consideración de aquello que percibían los contemporáneos. Lo que, en efecto, era el peligro de un fascismo fuerte e inminente. Como consecuencia, por su masividad, es esta percepción – y no la realidad – lo que funcionó como movilizador. No sólo el antifascismo será un fermento y, en sus primeros momentos, un cimiento del *Rassemblement populaire* o una explicación del compromiso de un buen número de intelectuales de izquierda en ese momento sino que, por sobre todo y más allá de la desaparición de los regímenes fascistas, va a echar raíces duraderas en la cultura política de las izquierdas.

Como telón de fondo, una de las nociones esenciales que se encuentran en el cruce de lo político y de lo cultural es precisamente la de cultura política. Si se admite que ella designa el conjunto de las representaciones que unifican a un grupo humano en el plano político,²⁸ es decir una visión compartida del mundo, una lectura común del pasado, una proyección hacia el futuro vivido en conjunto, se valoran inmediatamente las virtudes heurísticas de tal concepto. Ya que, en el combate cotidiano, este conjunto de representaciones no desemboca solamente en la aspiración a tal o cual forma de régimen de gobierno y de organización socio-económica, el mismo está igualmente constituido por normas, creencias y valores compartidos. Lo que plantea, de manera más amplia, un interrogante primordial. A través de esta aproximación a las representaciones compartidas lo que se perfila es, en efecto, una forma de antropología histórica. Ahora bien, ¿son los siglos XIX y XX pasibles de ser analizados de esa forma?

Por mucho tiempo ella pareció cargar, casi por definición, con una ineptitud para dar cuenta de nuestra historia desde 1789, considerada como suficientemente próxima para que se mostrara sin fundamentos como el despliegue de la antropología. Pero, como ha escrito Maurice Agulhon, eso significaba olvidar que “el presente, incluso liberal, no hace la economía de lo simbólico y de lo sagrado, él no hace sino

desplazar y reemplazar los signos”.²⁹ En tal perspectiva, la antropología histórica no está solamente destinada a echar luz sobre las sociedades marcadas por “la política anterior a la era de la política” (Eric Hobsbawm). Ella proporciona también el basamento de los comportamientos políticos de las sociedades entradas en la era de los sistemas representativos. Ya el estudio de un fenómeno como el de *La Grande Peur* de 1789, en la bisagra entre dos “edades”, había permitido a Georges Lefebvre “articular la regularidad de comportamientos repetitivos y la expresión de una reivindicación política más precisa, más explícita que la contestación ritual”.³⁰ Después de este intervalo, el estudio de la aculturación de la “República en los pueblos” en el curso del inicio del siglo XIX en la región rural de Var, luego – siempre bajo la pluma de Maurice Agulhon – el análisis de un “problema político-cultural nacional, la propaganda republicana por la efigie” y, a través de ella, el señalamiento de la popularización creciente de la República, comprendida allí en la “cultura de la gente sencilla”, ha hecho penetrar directamente al conjunto del siglo XIX en el área de investigación de la antropología histórica.³¹

En lo que respecta al siglo XX, en cambio, las cosas son seguramente más complejas. No es que todavía sea necesario defender el permiso de residencia dado al investigador que trabaja sobre el período del siglo XX. Parece lejano el momento – y sin embargo ha pasado apenas una década – en el que Pierre Goubert podía escribir en su bella *Initiation à l'histoire de la France*:

En cuanto a esta larga parte del siglo XX que he vivido, la experimento sobre todo a partir de mis recuerdos, mis vivas reacciones y mis difíciles análisis; jamás se me ocurriría escribir su historia, aún brevemente, y reconozco que no entiendo cómo es que otros han osado hacerlo, sino es por vanidad, por interés o por gusto de la cosa fácil.³²

En 1984, el propósito ya era un combate a la retaguardia. Sin embargo era como la imagen retineana de una visión, por mucho tiempo compartida por la mayor parte de la corporación, que representaba a la historia del siglo XX como en un doble impasse para los historiadores: ruta prohibida para unos, como Pierre Goubert, callejón sin salida para

25 Véase particularmente la puesta a punto de Philippe Burrin, “Le fascisme”, en J.-F. Sirinelli (1992: 603 y ss).

26 Pensamos aquí, entre otros, en *La droite révolutionnaire* (1978).

27 El debate, surgido con la obra de François Furet, *Le passé d'une illusion* (PARÍS, LAFFONT-CALMANN-LEVY, 1995), se apoya más bien sobre el trasfondo de este antifascismo.

28 Véase el análisis profundo de Serge Bernstein, (1997: 371 y ss.) así como también J.-F. Sirinelli, Éric Vigne (1992: 1-11) y J.-F. Sirinelli (1995a).

29 (AGULHON, 1989: 21). Maurice Agulhon ya había desarrollado su demostración en un importante artículo: “Politics, images and symbols in postrevolutionary France”, (AGULHON, 1988).

30 (REVEL, 1988: 20).

31 (AGULHON, 1989).

otros que dudaban en instalarse en esos confines cronológicos que, pensaban, los relegaría a investigaciones sin horizontes—dada la mirada hacia el futuro y no hacia el pasado—y por lo tanto sin perspectiva.

Desde entonces, ese finisterre ha conocido una doble apertura. De una parte, ha ganado en el tiempo, construyendo islotes en esa vasta zona del último medio siglo, bautizada historia del tiempo presente, hasta entonces considerada como agitada por las mareas de las pasiones humanas y por lo tanto inapropiada para la instalación de los historiadores. De otra parte, el siglo *xx* ha sido el laboratorio de avanzadas metodológicas, precisamente en historia cultural y en historia política; sin embargo, la cuestión de la legitimidad del uso de la antropología histórica continúa en debate. Una de las grandes apuestas historiográficas por venir será probablemente la de evaluar la pertinencia de esa utilización operando, posiblemente, una distinción entre la historia del tiempo presente y aquella que la precede inmediatamente. ¿Por qué tal diferencia? Nada tendrán que ver las razones de diversidad de status o de dignidad historiográfica entre los dos períodos. Ya han pasado los tiempos en los que el historiador concebía su práctica como el retorno de las cenizas de un ayer totalmente terminado. Incluso si ese tiempo pretérito continúa siendo legitimado, por su masividad, como el campo principal de trabajo de la investigación histórica, ahora se admite que también es objeto de historia el intervalo que, ubicado en la escala humana por los fenómenos de contemporaneidad y las reverberaciones de la memoria, se encuentra entre el pasado terminado y el inmediato. Y la evolución ha sido debidamente registrada por la corporación: ahora Clío está autorizada a tomarle el pulso a la historia cercana. Siendo así, a partir del momento en que se admite epistemológicamente esta proximidad a la escala humana, ya no se asume el principio de distancia al objeto—sea geográfica o, más prosaicamente, cronológica—que rige a la antropología histórica y la historia del tiempo presente debe renunciar—si lo reivindicó alguna vez—a un acercamiento de ese tipo. Hasta el momento en el que su período de investigación, habiendo adquirido la edad suficiente, recaerá en el lote común de la historia menos próxima. Y quizás recogerá—ya que el debate será el mismo que aquel que actualmente se delinea para los primeros años del siglo *xx*—los aportes de la antropología histórica.

Al respecto, quizás el estudio de los fenómenos de opinión pública garantice un relevo entre esta antropología histórica y la historia política de la entreguerra. Y es allí, de nuevo, que encontramos a la historia cultural, entendida en su sentido amplio como historia de las representaciones. El estudio histórico de la opinión, en efecto, no podrá operar nuevos avances a menos que esos fenómenos sean analizados como las capas emergentes de culturas políticas más profundas y de todo un submundo político por lo general sepultado que aquí llamaremos sensibilidades.³³ Para la segunda mitad de los años 1930 y para el período de la Ocupación,³⁴ Pierre Laborie ya ha ubicado explícitamente sus investigaciones bajo el signo de la articulación hecha con las “representaciones” y el “imaginario social”.³⁵ Y se comprende cabalmente la cantera fundamental que abriría en el estudio de la sociedad de la Belle Époque, la comprensión creciente de los fenómenos de opinión de inicios del verano de 1914, que Jean Jacques Becker ha iluminado en su tesis.³⁶

Una temporalidad de geometría variable

De este acercamiento de lo político en diálogo con lo cultural se auguran beneficios importantes, lo hemos dicho. A los ya entrevistados deben agregarse muchos otros, básicos. De una parte, se constata que de los fenómenos de representación del mundo circundante se derivan indirectamente los sentimientos de pertenencia y especialmente el sentimiento nacional.³⁷ Por otro lado, la visión de la amenaza o la representación de la afinidad son puntos decisivos que, en historia política, también son pasibles de ser analizados. Lo que, a fin de cuentas, presentaría el interés de su definitiva apertura: ella no se expondría más en ningún caso al reproche, hasta ahora recurrente, de ser una historia elitista. Todos los actores pueden ser así aprehendidos, con una especial atención puesta en los mecanismos de circulación y en los procesos de recepción. Muy cierto es que los actores colectivos de lo político no sólo son movidos por el análisis y por las doctrinas; los elementos constitutivos del debate político que se asocian más al submundo político irrigan los grupos humanos con canales de expresión que pueden variar según las épocas y los grupos involucrados y es la historia cultural la que permite comprender esta cinética que, a fin de cuentas, se sitúa bien al centro del

32 (Goubert, 1984: 9).

33 Véase, en este sentido, el tomo 3 de la *Histoire des droites en France*, op. Cit., titulado *Sensibilités*. El término se emplea aquí en un sentido diferente de aquel que Alain Corbin da a las “culturas sensibles”. Sin embargo, también en ese ámbito la historia política puede extraer beneficios. Las “culturas sensibles”, en efecto, interactúan con las culturas políticas: de allí los debates en 1958, en una pequeña ciudad normanda, entre sirenas y campanas para dar rirno a los trabajos y los días (CORBIN, 1994).

34 El autor refiere aquí al período marcado por la ocupación del territorio francés por parte de las fuerzas del Tercer Reich, entre 1940 y 1944. [N. de T.]

35 (LABORIE, abril-junio 1988: 101-117)

36 (BECKER, 1977).

37 Sobre este punto, me permito referenciar mi contribución. (SIRINELLI, 1995b).

debate de la Ciudad.³⁸

Un segundo beneficio epistemológico es el de conferir a la historia política, que muy a menudo se ha acantonado en la temporalidad corta del acontecimiento, un estatus de pleno ejercicio en el espesor cronológico de la duración histórica media. Los fenómenos relativos a lo cultural, y especialmente las culturas políticas, son en verdad de una inercia más fuerte que la misma acción política y se integran, en este sentido, en una perspectiva de varias décadas. En historia política, entonces, la mirada sobre el tiempo corto de los hechos singulares puede ser cruzada con un análisis que tenga en cuenta lo estructural. Si bien se mira, esta reinscripción en las temporalidades de geometrías variables es un avance decisivo. Desde la segunda guerra mundial y en el curso de las décadas que le siguieron, las obras que se inscribieron en esa perspectiva fueron escasas: en ese sentido, *La droite* en France era en 1954 una obra pionera. Ahora bien, allí había una aporía real: la historia política ha permanecido demasiado tiempo confinada a la corta duración del acontecimiento. Si ya no es necesario que éste sea redimido, dado que se ha establecido que no se necesita espesor cronológico para tener consistencia, hacía falta demostrar que la mirada del historiador de lo político, considerada como intelectualmente corta por su precisa orientación hacia el “tiempo corto”, aportaba en cambio la agudeza.

Al respecto, la atención puesta en las culturas políticas permite entender mejor los beneficios que se vaticinan. En efecto, ellas poseen por definición una fuerza de retención mayor que la de la mayor parte de los fenómenos políticos y se inscriben en una temporalidad que se extienden a lo largo de las décadas. Es más, su misma duración es un objeto de la historia. Son, a fin de cuentas, organismos vivos que no nacen con igualdad de derechos: dar cuenta de las variaciones de su arraigo y de su longevidad contrastada es, además, una de las preguntas hechas a la inteligencia histórica. Se comprende mejor, así, el reajuste intelectual y científico que es posible esperar de ello: fue la temporalidad de geometría variable lo que constituyó, en el pasado, tanto la fuerza heurística como el poder intimidatorio de la segunda generación de la Escuela de Annales, tras la huella de *El Mediterráneo* de Fernand Braudel. La historia política era acusada de ser una historia un poco “corta” en los dos sentidos del término: de una parte, de corto aliento, por estar limitada al relato de una historia monárquica y, luego, parlamentaria; de la otra, lo hemos menciona-

do, corta de perspectiva por insertarse solamente en la temporalidad del acontecimiento.

La historia de las instituciones políticas, esencial y sin embargo generalmente abandonada por los historiadores de lo político, puede esperar también un enriquecimiento real de un acercamiento cultural ya que hay específicamente tres problemas que la reconstrucción del pasado debe resolver si quiere dar a sentido y densidad a su estudio de las instituciones. De una parte, es necesario devolver a esta historia su dimensión diacrónica: ¿a qué sucedieron estas instituciones? ¿Cuál fue, consecuentemente, su longevidad? Genealogía y transformación son, en esta perspectiva, cuestiones bastante fundamentales. Por otra parte, una segunda cuestión, además horizontal, es también determinante: en momentos puntuales, ¿cuál es el basamento, particularmente sociológico, de estas instituciones y cuáles sus engranajes? Pero esta segunda cuestión, por lo demás central, no tiene significación real si no se acopla a una tercera, que es aquella de las culturas políticas, de las representaciones y de los imaginarios sociales: ¿cómo son percibidas las instituciones tanto por los grupos como por las conciencias individuales? Ese camino permite, entre otras cosas, aprehender mejor los fenómenos de legitimidad, que a fin de cuentas son tan determinantes para el historiador de lo político como los mecanismos y procesos de establecimiento de la legalidad.³⁹

Una historia de las diferencias

Esta historia, por la extensión de su campo de trabajo y por su proclamación de la existencia de correlaciones múltiples y no de pesadas causalidades, abre de hecho espacios para numerosas sensibilidades historiográficas, que pueden cohabitar de buen grado en su interior. Ello es particularmente cierto en el caso de las generaciones sucesivas de investigadores, que serán marcados por configuraciones historiográficas y contextos ideológicos diferentes. Y, en el seno de esas generaciones, tendrán lugar las individualidades científicas más diversas, ya que ciertamente la historia política, por su misma riqueza, nunca será propiedad de tristes clones anunciando las mismas certezas historiográficas y portadores, por ello, de una nueva ortodoxia en la materia.

Ello no elimina la preocupación comúnmente compartida de avanzar. Y, en esa perspectiva, se harán aquí unas últimas proposiciones, como

38 Mayúsculas en la versión francesa. El concepto de “Cité” es desarrollado por Sirinelli en la introducción general a *Histoire des droites*. Tomo 1, op. Cit. [N. de T.]

39 Es a la vez en una perspectiva de colaboración estrecha entre la ciencia política y la disciplina histórica y, en lo que respecta a ésta última, de acercamiento histórico apoyado en esta triple dimensión que hemos codirigido, Maurice Duverger y yo mismo, la obra *Histoire générale des systèmes politiques*, en proceso de ser publicado por PUF: los dos primeros volúmenes, consagrados a los Imperios occidentales

y a las Monarquías y dirigidos respectivamente por Jean Tulard e Yves-Marie Bercé, aparecieron en el primer trimestre de 1997. Los dos tomos siguientes, sobre La democracia liberal (a cargo de Serge Bernstein) y Los feudalismos (coordinado por Éric Bournazel) y Jea-Pierre Poly) saldrán en la primavera de 1998.

conclusión de lo precedente. Recapitulando, parecería que una alianza entre la joven historia cultural y la rejuvenecida historia política no puede más que ser valiosa para las dos ramas históricas y entonces, por ello, para la misma disciplina. A condición, no obstante, de que ello no signifique una suerte de velado acuerdo que excluya a otras ramas del campo historiográfico, especialmente a la historia social. Si la reintegración del objeto político entre los objetos de existencia autónoma, espesor histórico y virtudes explicativas es uno de los hechos historiográficos de mayor importancia y si la toma en cuenta por la historia de muchas otras facetas de la realidad que exceden los estrictos pesos y correlaciones inducidos por lo social constituye un gran avance, esta historia política haría mal, seguramente, en reivindicar un estatuto de zona franca, recortando artificialmente otros aspectos de lo real, entre ellos lo social. Habría allí una suerte de automutilación. En este sentido, un acercamiento hacia lo cultural es probablemente una de las formas de mantener los lazos entre lo político y lo social.⁴⁰ Ciertamente, toda historia cultural es una historia de lo diverso y, visto desde ese ángulo, el análisis de los fenómenos de circulación diferencial de lo político debe sustentarse con un conocimiento de los lugares y los entornos y, a la inversa, enriquecer su estudio. En el ágora se cruzan, se enfrentan pero también se reflejan todos los componentes de la Ciudad.

Bibliografía

- AGULHON, M. (1989) *Marianne au pouvoir. L'imagerie et la symbolique républicaines de 1880 à 1914*. París: Flammarion.
- AGULHON, M. (1988). Politics, images and symbols in postrevolutionary France. En: S. WILENTS (Ed.), *Rites of power* (republicado, en francés, en *Histoires vagabondes* (1988). París: Gallimard, t.1). [Versión en español: *Historia vagabunda: etnología y política en la Francia contemporánea* (1994). México: Instituto Mora.]
- AGULHON, M. (1987). Vu des coulisses. En: P. NORA (Dir.), *Essais d'ego-histoires*. París: Gallimard, 9-59.
- BECKER, J.-J. (1977) *1914. Comment les Français sont entrés dans la guerre*. París: Presses de Sciences.
- BERNSTEIN, S. (1997). La culture politique. En: J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.), *Pour une histoire culturelle*, y siguientes [Versión en español: "La cultura política", en J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.), *Para una historia cultural*. op. cit.]
- BURRIN, P. (1992). Le fascisme. En J.-F. SIRINELLI (Dir.), *Histoire des droites en France, Tomo 1, Politique*. París: Gallimard,
- CHARLE, C. (1993). *Histoire sociale, histoire globale?*, París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- CORBIN, A. (1997). Du Limousin aux cultures sensibles. En: J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.) *Pour une histoire culturelle*. París: Gallimard, 101 y siguientes. [Versión en español: "Del Lemosín a las culturas sensibles, en J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.) (1999). *Para una historia cultural*, México: Taurus.]
- CORBIN, A. (1994). *Les cloches de la terre. Paysage sonore et culture sensible dans les campagnes au XIXe siècle*. París: Albin Michel.
- FAVRE, P. (1989). *Naissances de la science politique en France (1870-1914)*. París: Fayard, 295.
- FOUCAULT, M. (1966) *Les mots et les choses*. París: Galimard, 353. [Versión en español: (1968) *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.]
- FURET, F. (1995) *Le passé d'une illusion*. París: Laffont-Calmann-Levy. [Versión en español: (1995) *El pasado de una ilusión: ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica de España.]
- GAUCHET, M. (mai-août 1998). Changement de paradigme en sciences sociales. *Le Debat*, 50.
- GOUBERT, P. (1984) *Iniciation à l'histoire de la France*. París: Tallandier.
- GUENÉE, B. y J.-F. SIRINELLI. (1995) L'histoire politique. En: F. BÉDARIDA (Dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France (1945-1995)*. París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 1995.
- La droite révolutionnaire (1885-1914). Les origines françaises du fascisme, París: Le Seuil, 1978.
- LABORIE, P. (abril-junio 1988). De l'opinion publique à l'imaginaire social, *Vingtième siècle. Revue d'histoire*. 18, 101-117.
- LABROUSSE, F. (Dir.) (1967), *L'histoire sociale. Sources et méthodes*. París: PUF, p.4.
- LE GOFF, J. (1978). L'histoire nouvelle. En J. LE GOFF (Dir.), *La nouvelle histoire*, París; Retx, 226.
- LLOYD, G. E. R. (1994). *Pour en finir avec les mentalités*. París: La Découverte.
- RÉMOND, R. Les élections. En: R. RÉMOND, *Pour une histoire politique*.

40 Sin por ello recrear así nuevas causalidades: la historia cultural, entendida en su sentido antropológico, corre el riesgo de encargarse de establecer la supuesta identidad de un grupo, por el señalamiento enfático - ¿o la construcción? - de un

sentimiento de pertenencia. Así utilizada, ella participaría de un gran aislamiento de lo político, más que a la búsqueda de su articulación.

REVEL, J. (1988). Présentation. En: G. LEFEBVRE, *La Grande Peur de 1789*. Paris: Armand Colin, 20. [Versión en español: (1986) *El gran pánico de 1789: la Revolución Francesa y los campesinos*, Barcelona: Paidós]

REVEL, J. (1996). Micro-analyse et construction du social. En: J. REVEL (Dir.) *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris: Hautes études, Gallimard, Le Seuil, 35.

SIMIAND, F. (1903). Méthode historique en science sociale, 2^o partie. *Revue de synthèse historique*, 17.

SIRINELLI, J.-F. (1995a), Pour une histoire des cultures politiques, *Voyages en histoire. Élanges offerts à Paul Gerbod*. Besançon: Annales littéraires de l'Université de Besançon.

SIRINELLI, J. F. (1995b). Politische Kultur und nationale Emotionem. En: ETIENNE F., H. SIEGRIST, J. VOGEL, *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19 und 20 Jahrhundert*, Gottingen: Vandekorck-Ruprecht.

SIRINELLI, J. F. (1993). Le retour du politique. En: *Écrire l'histoire du temps présent. En hommage à François Bédarida*. Paris: CNRS-Éditions, 263-274.

SIRINELLI, J.-F. y É. VIGNE. (1992). Des cultures politiques. Introducción al tomo 2, Cultures, de *L'histoire des droites en France*. Paris: Gallimard.

THIBAUDET, A. (1932), *Les idées politiques de la France*, Paris: Stock.

URFALINO, Ph. (1997). L'histoire de la politique culturelle. En J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.), *Pour une histoire culturelle*, op. Cit. 311 y siguientes. [Versión en español: La historia de la política cultural. En: J.-P. RIOUX, J.-F. SIRINELLI (Dir.), *Para una historia cultural*, op. cit.]

WATELET, H. (1993). Les rapports entre science et culture et les paradigmes du mouvement des Annales. En: G. BOUCHARD (Dir. con la colaboración de S. COURVILLE). *La construction d'une culture. Le Québec et l'Amérique française*. Sainte- Foy: Les Presses de l'Université Laval.

WINOCK, M. (1988). Les idées politiques. En: R. RÉMOND, (Dir.) *Pour une histoire politique*. Paris: Le Seuil, p. 233 y siguientes, reeditado (col. "Points histoire"), 1996.